

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Noveno grado
Estudios Sociales

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Noveno grado
Estudios Sociales

La mujer boa

(Mito del pueblo Záparo)

Neyempi esperaba ansiosa la noche. Él llegaba y se quedaba con ella conversando hasta las primeras luces del día. También aquella noche llegó y permanecieron afuera, cobijados por la manta negra del cielo lleno de estrellas. Pero aquella noche su madre se dio cuenta del visitante y se preguntó: “¿Con quién habla mi hija?”.

A la mañana siguiente, la madre preguntó a su hija con quién había conversado toda la noche. La hija le dijo:

—¿Acaso se conversa solo con las personas?

—¡Sí! —le dijo la madre. Entonces Neyempi replicó:

—Estaba hablando sola, conmigo misma, mamá.

Y noche tras noche la chica hablaba a escondidas con su visitante, hasta que un buen día ella ¡desapareció! Poco después se empezaron a oír ruidos en la selva, como de árboles que caían. El ruido venía de la laguna y la madre pensó: “Mi hija está construyendo una casa”, y estaba feliz porque creía que su hija se había casado.

A los tres días, la hija apareció y habló con su madre:

—Madre, ya me casé. Necesito semillas de yuca para mi chacra—.

La hija recogió sus cosas y dejó nuevamente la casa de sus padres.

Tras algunos años, Neyempi apareció con un hijo en los brazos y su padre, muy contento de verla junto a su nieto, le regalaba maíz en sus visitas. Así pasaba el tiempo, hasta que un día la madre le dijo a su hija:

—Tu padre ya está viejo. Ya no tiene fuerza para ir de cacería. Ahora te toca a ti darnos de comer con cacería. ¿Qué tal es tu marido como cazador? La hija le dijo:

—No te preocupes, madre. Mándame a mi hermanita mañana para darle carne. Mi esposo se fue de cacería y llegará tarde esta noche.

Al día siguiente, la hermana menor fue a traer la carne, pero al llegar se asustó porque su hermana no vivía en una casa, sino en un árbol tumbado. Neyempi le dijo:

—Siéntate y espera. Ahora voy a cocinar y luego hay que esperar a mi marido que llegará tarde.

La hermana menor no pudo comer del miedo, porque las comidas estaban servidas en serpientes enroscadas. El marido no llegaba, hasta que de pronto se oyó un fuerte ruido. Cuando miró al lugar de donde provenía el estruendo, observó a una gran boa que iba hacia la casa. A su paso la gigantesca serpiente tumbaba los árboles y hacía crecer la laguna. Mientras se acercaba a la casa se transformaba en hombre.

Con espanto, la hermanita menor vio que su cuñado era una inmensa boa. No pudo resistir el miedo y se escapó a la casa de sus padres. Allí les contó asustada:

—Mi hermana no está casada con un hombre sino con una boa.

La mamá contó esto a los hermanos, que decidieron matar a la boa. Aprovecharon que la hermana mayor fue un día a visitarlos y allí le preguntaron dónde estaba su marido. La hermana contestó que estaba descansando. Entonces los hermanos se fueron en silencio a la casa de la boa y quemaron el tronco donde vivían Neyempi y su marido boa. Mientras se quemaba el tronco, la boa y su hijo cantaban:

—Chirautiria katetara, chirautiria katetara.

Entonces Neyempi se dio cuenta de lo que estaba pasando y quiso ir a su casa. En ese instante llegaron los hermanos que intentaron detenerla:

—Quédate, no te vayas.

Pero la mujer se puso muy resbalosa, saltó a la laguna y desapareció.

Desde entonces se quedó a vivir para siempre en la laguna como la mujer boa, aunque su madre se fue algunas veces a pedirle que volviera:

—Vuelve a la casa, hija—. Y ella le decía:

—Yo soy la mujer boa, aquí voy a quedarme y con mi llanto haré crecer las lagunas donde quiera que yo esté.

Y es desde entonces que las lágrimas de Neyempi llenan de agua y de tristeza las lagunas.

Tomado de CIESPAL. (2002). *Palabra mágica. Cuentos y mitos de los pueblos indígenas de la Amazonía ecuatoriana*. Quito: Editorial Quipus.

Contraoda del poeta de la Real Sociedad

Gabriel Celaya

Y recuerdo también nuestra triple derrota
en aquellos partidos frente al Barcelona,
que si nos ganó, no fue gracias a Platko,
sino por diez penaltis claros que nos robaron.

Camisolas azules y blancas volaban
al aire, felices, como pájaros libres,
asaltaban la meta defendida con furia
y nada pudo entonces toda la inteligencia
y el despliegue de los donostiarras
que luchaban entonces contra la rabia ciega
y el barro y las patadas y un árbitro comprado.

Todos lo recordamos y quizá más que tú,
mi querido Alberti, lo recuerdo yo,
porque estaba allí, porque vi lo que vi,
lo que tú has olvidado, pero nosotros siempre
recordamos: ganamos. En buena ley, ganamos
y hay algo que no cambian los falsos resultados.

Tomado de Alcaide, F. (2009). *Fútbol: fenómeno de fenómenos*. Madrid: Lid.

Gabriel Celaya (1911-1991). Poeta español de la generación literaria de posguerra. Trabajó su obra en colaboración estrecha con su esposa, Amparo Gastón. Entre sus obras destacan *Marea del silencio*, *Las cosas como son*, *El mundo abierto*.

Realidades

Amada Cortez

Al instante de cerrar los ojos
imaginé mi realidad
escuché con mis oídos
en todo lo más profundo

Respiré aire puro
recordando lo vivido
y en lo que me concentraba
vi a mi pueblo perdido

Soñaba que algún día
mi gente se juntaría
con los del otro lado e' la raya
y sus saberes compartían

Eso era lo que sentía
en el fondo del alma mía
y me llené de valentía
para expresar lo que sabía

Mi pueblo no ha despertado
ignorancia sometida
tenemos que enfrentar
esta dolorosa realidad

Cuando de niña, en la infancia,
no sabía de identidad
pero ahora con esta edad
trabajo por la equidad
La sociedad nos hizo invisibles
y nosotros lo aceptamos
¿por qué juntos no luchamos
por este legado ancestral?

¿Qué dices de lo que escuchaste?
Que debemos caminar
y no deambular
pues quien no sabe adonde va
nunca sabrá de dónde viene.

Tomado de Cortez Caicedo, A. (2012). *Rotundamente negra*. Quito: Ministerio Coordinador de Patrimonio.

Amada Cortez Caicedo (1958). Escritora esmeraldeña. Ha publicado como coautora *Las voces de las cimarronas*. De su autoría, la obra más conocida y difundida es *Me llaman la cimarrona*.

Los puntos cardinales: una larga historia (fragmento)

Consuelo Doddoli

Para los hombres antiguos, la observación del cielo y de la naturaleza era muy importante. Ellos pensaban que el Sol, la Luna, las estrellas, el viento y la lluvia eran seres animados y divinos, así que los respetaban y se preocupaban por mantenerlos contentos.

No es difícil entender por qué el Sol tenía gran importancia para los antiguos hombres y mujeres. Para ellos, este cuerpo celeste era la única fuente de luz y calor. Por eso, el Sol no sólo les parecía importante, sino que pensaron que se trataba de un dios. ¿Te imaginas lo que sentían las personas cuando llovía por días y días y no recibían la luz del Sol? ¿Lo que pensarían al verlo desaparecer, poco a poco, durante un eclipse total de Sol?

En la antigüedad los hombres se dieron cuenta de que todos los días del Sol sale, en la mañana, por el mismo lado, al medio día está, más o menos, sobre nuestra cabeza, y en la tarde se oculta por el lado contrario al que salió. Ellos no sabían que este movimiento que vemos desde la Tierra se debe a que nuestro planeta gira sobre sí mismo alrededor de una línea imaginaria llamada eje de rotación.

De hecho, todos los planetas giran sobre sí mismos como si fueran trompos, y a este movimiento, llamado rotación se debe que haya días y noches. La Tierra da una vuelta completa sobre su eje en 24 horas.

Pero no todos los planetas tardan lo mismo en dar una vuelta sobre su eje. Por ejemplo, Júpiter lo hace en tan solo diez horas y

Mercurio en cincuenta y nueve días; esto quiere decir que un día de Júpiter dura menos de la mitad de un día terrestre y que un día en Mercurio dura casi dos meses terrestres.

Los primeros humanos también observaron que las estrellas no se acercan ni se alejan unas de otras en el cielo nocturno. Es decir, mantienen la misma posición con respecto a las demás. Por esto, si con varias de ellas formas una figura en el cielo, esta figura no parece cambiar aunque pasen miles de años.

Las civilizaciones antiguas agruparon las estrellas en figuras imaginarias a las que conocemos como constelaciones. Esas civilizaciones vieron que cinco estrellas sí cambiaban de posición tanto entre ellas mismas como con respecto a las otras. No están fijas, sino que se mueven entre las demás. En realidad, éstas no son estrellas sino planetas, pero están tan lejos que se ven como puntos de luz.

A esas estrellas móviles los griegos les llamaron planetas, palabra que significa vagabundos. Los griegos también bautizaron a los planetas con los nombres de sus dioses: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Muchísimos años después con la ayuda de los telescopios, se descubrieron otros tres planetas: Urano, Neptuno y Plutón, que no se notan a simple vista.

Tomado de Doddoli, C. (2005). *Punto y raya: Los puntos cardinales y los mapas*. México: Ediciones Castillo.

Consuelo Doddoli (1956). Matemática mexicana. Ha trabajado en el Museo de las Ciencias, Universum, desde 1991, donde participó en la construcción de la sala El Universo. Estuvo al frente del Área de Astronomía, y actualmente es miembro del Área de Contenidos de la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la UNAM.

El hermano pobre y el hermano rico

Wilmer Oswaldo Guairacaja

Había una vez un hermano que era pobre y otro que poseía muchos bienes. Un mes hubo una fiesta y al hermano pobre lo nombraron prioste. Cuando se enteró, se puso tan triste que no supo qué hacer: solo tenía unas pocas cosas en la casa, que, se le ocurrió, podría sacar para vender. Pero tenía que viajar muy lejos para llegar a la feria y en medio camino se le hizo de noche. Justo encontró una casa botada y entró en ella para poder descansar y continuar al siguiente día.

Poco después entraron unas personas extrañas y comenzaron a conversar sobre los días de la semana, pero solo recordaban hasta el sábado; se preguntaban cuál venía después y ninguno daba con la respuesta. Entonces, el hombre que estaba escondido dijo con miedo:

—¡Domingo!

Todos lo felicitaron y le preguntaron a dónde iba con aquellas cosas. Él les respondió diciendo:

—Me nombraron prioste de una fiesta, pero soy pobre y no tengo dinero para realizarla.

—Nosotros te recompensaremos con mucho oro y plata por ayudarnos a recordar el último día de la semana —dijeron ellos, y así lo hicieron.

Con ese dinero hizo la fiesta más grande de esos tiempos. Su hermano rico le preguntó:

—¿Cómo lo hiciste? ¡Salió la festividad más bonita que he visto!

Cuando el hermano pobre le contó cómo habían sido las cosas, al otro le dio envidia y quiso hacer lo mismo, así que fue a la casa botada a esperar a aquellos hombres extraños. Cuando llegaron, estos fingieron que no recordaban los días de la semana y, desde el lugar donde estaba, el hombre gritó con mucha felicidad:

—¡Domingooo!
Pero ellos le dijeron:
—Tú estás aquí por envidioso.
Y no lo recompensaron. Es más, lo mandaron tras ponerle cachos
y cola, como a un demonio.

Wilmer Oswaldo Guairacaja (2001). Estudiante de tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Abye Yala. Este relato fue seleccionado en el concurso “Nuestras propias historias”, organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

Cronología de la lágrima

Mariana Falconí Samaniego

Esas lágrimas
que nos brotan
desde adentro,
son cómplices suspendidas
en el vaivén de una pestaña.
Esas lágrimas
que abren surcos en el rostro,
dejan huellas,
enrojecen la mirada,
son dagas
que se clavan en el alma.
Esas lágrimas
que como río interminable
corrían por los ojos de mi madre,
eran perlas suspendidas
en manos de un ángel.
Estas lágrimas
que a tropel me brotan
cada vez que la recuerdo
son flores renacidas
al filo de un abismo.

Hay lágrimas que saben a ternura
cuando se llora por los hijos,
pasajeros ingratos que nos dejan
para recorrer otros caminos
y a la vuelta de la esquina
nos llenan la casa de burbujas,
de cabecitas locas,
de soldados y muñecas,
de carritos y trompetas.
Hay lágrimas que saben a tristeza
cuando brotan de los ojos de los niños
habitantes del cemento
de portales y veredas
donde el pan de cada día
es una carga cotidiana.
Tal vez Dios olvidó que los niños
solo son duendecillos buenos.
Hay lágrimas que saben a dulzura
cuando el tiempo y su memoria
nos remoja con recuerdos
de juegos de rayuela,
de ollas encantadas,
duendes y pan quemado.
Hay lágrimas que saben a gloria
cuando la felicidad toca tu puerta,
y se llena de fragancia las esquinas
por donde va el sentimiento,
mientras la piel enciende su rescoldo
para quemar envuelta en otra piel.
Y aunque afuera llueva
y el frío diluya la candela
tus brazos serán leños encendidos
donde arderá mi cuerpo.
Hay lágrimas que saben a olvido
si la soledad nos acorralla

y se solaza con la ausencia
de tu rostro y tu nombre,
de tus besos de champán
y caracolas.
Y mientras las nubes lloran
lágrimas de granizo,
borrando con sus manos líquidas
las huellas de tus pisadas,
mis ojos lloran tras tu recuerdo
estacionado para siempre
en el andén de la memoria.

Tomado de Varios. (2014). *Arawi chinchansuyo. Poesía del norte y del sur*. Ecuador: Jaguar Editorial.

Mariana Falconí Samaniego (1954). Docente y escritora de obras para niños y jóvenes.

La serpiente protectora de la ciudad oculta

Laura Zheny Morejón

Hace muchos, muchos años, existía una hermosa ciudad, situada en Culebrillas, en la que habitaban los valerosos cañari. En esta colorida ciudad vivía Intikilla, una niña muy buena y cariñosa que todos los días salía de su casa a jugar con los bellos venados que llegaban a la ciudad. Cierta día, Intikilla escuchó que su mamá conversaba con su papá y, llenos de angustia, manifestaban que unos hombres muy malos llegarían a la ciudad a adueñarse de ella.

Al siguiente día, todos los habitantes corrieron despavoridos hacia el río Culebrillas. Pretendían desviar el caudal del río para tapan la ciudad y que, de esta manera, aquellos hombres llenos de crueldad no pudieran invadir lo que tanto sacrificio les había costado construir.

Intikilla lloraba desesperada porque no encontraba a sus padres. En tal angustia, sorpresivamente apareció el hada madrina que custodiaba a la nacionalidad cañari. Ella decidió salvar a Intikilla, la convirtió en una serpiente con rostro de mujer y le encomendó ser la protectora de la ciudad oculta debajo de la laguna de Cu-lebrillas.

Es así que Intikilla sale de la ciudad todas las noches, a jugar con sus amigos, los venados, en los alrededores de la laguna. Intikilla vive feliz protegiendo a los cañari, que le rinden culto arrojando a la laguna objetos de oro y plata. Ella siempre les agradece con la presencia de un bello arcoíris que sale de la ciudad oculta.

Laura Zheny Morejón (1978). Docente de Unidad Educativa Pedro Vicente Maldonado. Este relato fue seleccionado en el concurso "Nuestras propias historias", organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

La chica del kiosko

Elsa Stefánsdóttir

Pasó una cosa rara una vez en un pueblito que quedaba en una de las regiones más lejanas de Islandia. Fue a principios de siglo cuando no había teléfonos ni radio ni televisión, cuando no había nada que salvara a los que vivían en esos pueblos de la pesada tristeza que va devorando el alma. Era el momento más sombrío del año, cuando nunca se ve el sol y la semioscuridad llena todos los recovecos de la vida. Todo parece dejar de respirar, helado e inmóvil, hasta que de pronto cae la lluvia y la cara del Ártico se convierte en un revoltijo de humedad, mugre, oscuridad y desesperanza.

Entonces empieza a nevar y en derredor las empinadas laderas de los montes son el interior blanco de un gigantesco ataúd. El mundo se congela otra vez, vuelve a llover, nieva; parece que nunca se van a terminar esas malditas desdichas. Es el momento del año en el que muchas de las gentes que viven en esos pueblitos dejan de hablar. Cuando se encuentran en las calles, miran hacia delante o hacia abajo en impenetrable silencio, los dientes apretados.

Otros se quedan días enteros en la cama, las cabezas tapadas con las cobijas. Es tiempo de odio, de venganza, violación y locura. También es tiempo de fantasmas.

En ese pueblo vivía una chica. Era la empleada del único kiosco del pueblo. Si bien los que vivían allí se arrastraban tarde o temprano hasta el kiosco aunque más no fuera para tratar de mantener el latido de la poca vida que les iba quedando, la chica estaba sola la mayor parte del tiempo.

Y se sentía, en esos meses más oscuros del año, tan llena de tristeza como cualquier otro.

Uno de esos días en los que estaba sola, comiéndose las uñas como siempre, totalmente embobada, sucedió algo espantoso: un fantasma entró al kiosco. Era un fantasma que había andado por toda la costa matando literalmente de miedo a la gente con algunas cochinas tretas. Pero como este pueblo estaba tan aislado, nadie había oído todavía nada de sus roñosas hazañas.

El fantasma se acercó a la chica llevando su cabeza bajo el brazo y le preguntó:

—¿Tiene hilo de coser?

—¿Qué clase de hilo? —preguntó la chica mirando la cabeza bajo el brazo sin pestañear siquiera.

—Tengo que coserme la cabeza al cuello —dijo el fantasma, y bajo el brazo la cabeza le hacía horribles muecas burlonas a la chica.

—¿Qué prefiere? —dijo ella—. ¿Hilo blanco o hilo negro?

El fantasma se quedó alelado. Había andado matando a la gente por la costa sólo con jugarle esa mala pasada: se morían nomás, de un ataque al corazón. Pero ahora, aturdido y sin saber qué hacer, solamente atinó a agarrar la cabeza y sacudirla frente a la chica.

La chica se sacó la cabeza.

El fantasma nunca había visto a una persona que pudiera sacarse su propia cabeza como hacen los fantasmas, así que se puso pálido de miedo y sintió que un escalofrío le corría por la descabezada espina dorsal.

Dejó caer la cabeza al suelo, salió corriendo del kiosco y nunca más se lo volvió a ver.

La chica se puso su cabeza, levantó la cabeza del fantasma, le envolvió en papel marrón y la tiró en el montón de basura detrás del kiosco. Volvió al mostrador y empezó de nuevo embobada a comerse las uñas. No le contó a nadie lo que había pasado.

Siguió trabajando en el kiosco hasta que se casó con un tipo cualquiera que le daba tremendas palizas durante esa época tan oscura del año. Hasta que un día ella perdió la paciencia y se sacó la cabeza frente a él. El tipo no le volvió a pegar nunca más y vivieron felices el resto de sus vidas.

Tomado de Stefánsdóttir, E. (2007). *Leer X leer, Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Elsa Stefánsdóttir (1941). Escritora de cuentos y escultora de Islandia, de quien se sabe poco relacionado con su vida y de la que se conservan unos pocos cuentos.

La sentencia

Wu Cheng'e

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los árboles en flor. Algo se arrodilló ante sus pies y le pidió amparo.

El emperador accedió; el suplicante dijo que era un dragón y que los astros le habían revelado que al día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño el emperador juró protegerlo.

Al despertarse, el emperador preguntó por Wei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio; el emperador lo mandó a buscar y lo tuvo atareado el día entero, para que no matara al dragón y hacia el atardecer le propuso que jugaran al ajedrez. La partida era larga, el ministro estaba cansado y se quedó dormido.

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después interrumpieron los capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre.

La arrojaron a los pies del emperador y gritaron.
—Cayó del cielo.

Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó:

—Qué raro, yo soñé que mataba un dragón así.

Tomado de (2007). Leer X leer, *Textos para leer de todo, mucho y ya*. Argentina. Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Wu Cheng'e (1500-1582). Escritor chino de la dinastía Ming. Nacido en Huai'an, en la provincia actual de Jiangsu, estudió en la Nanjing Taixue durante más de 10 años. Publicó la novela *Mono*. La poesía fue su género por excelencia.

